

mento de la erupción formidable. Así, rota la válvula, abierta la espita, se desbordan en arrollador torrente toda suerte de pasiones, de vilezas y de desprecios.

Había presentado siempre el partido conservador español cierta invulnerabilidad ante la catapulta de tan siniestro germen de disolución... Y bien, ¿era acaso puro, immaculado, el partido conservador español? Impoluto, ¿podía jactarse de la integridad de su salud, de la nítida blancura de su armazón? Frente a la orgía endémicamente contraída, persistentemente renovada en que se hacía añicos el partido liberal ¿érale permitido al conservador ofrecer ejemplo diáfano de disciplina, de cohesión, de orden...? Formulados esos interrogantes con anterioridad a Octubre de 1913 pudieron haberse contestado con una afirmación rotunda. ¡Pero después! ¡Ah! lector; después, el partido conservador pudo tutearse con el partido liberal.

Se había roto la válvula, saltaba la espita, el resorte se relajaba. Y al hervor de la traición espumaron, burbujeantes, las concupiscencias, las pasiones y los impudores... El vaho denso que un tal hervor levantara, dió calor a la disidencia que escaló el Poder. Y nació aquel vástago enclenque, canijo, descaecido, que ha tenido durante dos años—aciagos para España—adheridos con anhelo febril sus labios a las ubres del Erario, y en su mano la *Gaceta* y en su alma el monstruoso cometido de infundir atonía, muerte, en la sangre de la patria dolorida...

Porque eso fué todo lo acacido en Octubre de 1913 y en los años que se han seguido. Una insurrección que prevalece, unos insurrectos que son exaltados. La unidad de un partido que cae desmoronado...

Pero, bien; levantada la bandera, el pingajo, de la rebelión, con tumulto de romería y con escándalo de burdel, ¿en qué cabeza que atesore un cerebro podía haber que eran los rebeldes los depositarios de la ortodoxia pisoteada, maltrecha, negada?... Pues eso, sólo eso, fué precisamente el nervio de la facundia de aquellos traidorcetes durante todo el tiempo que duró el empaño de golosinas que endulzaron los remordimientos. Aun rebrinca por corrillos y por periódicos el eco de la falsía. ¡Oh! el partido liberal-conservador. ¿No recuerdas, amigo lector, la cantinela?...

Borrón y cuenta nueva...

Echado está el primero. No fué pequeño el que cayó sobre las páginas del historial conservador el 27 de Octubre de 1913. Por si lo era, ya se encargarán de dilatarlo y contornearlo con primorosas grecas de cinismo los protagonistas de la traición.

Y respecto a la cuenta nueva, abierta está desde el instante mismo en que D. Antonio Maura hizo pública su de-

cision de reintegrarse a la vida pública activamente, decididamente, totalmente.

«Veré quiénes me siguen, quiénes vienen a mi lado», ha dicho Maura. Está hecho el llamamiento. Concedido está el perdón. Pensemos piadosamente que con el perdón vendrá el olvido de la culpa.

Vuelto a su puesto de honor y de lucha el jefe de las huestes conservadoras, parece iniciarse por parte de los desertores un movimiento de retorno hacia la disciplina que rompieron... Más he aquí que el jefe de hogaño es mucho más que cuando le abandonaron ellos. En el tiempo transcurrido de entonces acá, Maura, lejos de la política activa, en su casa, encerrado en el paréntesis que abriera al salir del Palacio Real el 26 de Octubre de 1913 y que ahora ha cerrado—cierre y apertura en los que tuvo cabal y exclusiva competencia el desistimiento voluntario—, en ese silencio tan grande como su elocuencia y tan abnegado como toda su vida; en ese tiempo, repetimos, Maura ha llegado a ser, por obra y gracia de una reconquista espiritual, que sus paladines realizaron, el apóstol de una religión nueva, escuela de ciudadanos, cantera de patriotas, vivero de cruzados, y el caudillo de una grey bizarra sin macilla de resabios políticos, ni de sórdidos intereses creados al amparo de las oligarquías difusas de los viejos partidos españoles. Maura es algo más aún. Es un acicate, es un conjuro, es despertador para la raza que ronca. Maura es un lema. Por eso el «Maura, sí» ha sonado triunfante y apocalíptico, como un grito de liberación y de esperanzas por todos los ámbitos de la nación española.

El maurismo callejero—como neciamente apodaron a nuestra campaña los avalistas del «Maura, no», los que se teaban al socaire del «Maura, no»—va a converger ahora, por lo visto, con otro movimiento que siendo conservador va a definirse en suma como maurista también. Punto de intersección—altísimo, culminante—será el espíritu, la política, la ideología de Maura... Maura jefe del partido conservador y Maura apóstol del maurismo romántico y caballeresco. He aquí el doble aspecto en que la figura de éste patricio excelso va a ofrecernos muy pronto.

Para los que llegan han de tener los que están ufanía, gozo y cordialidad en el recibimiento. Si vienen conversos y arrepentidos, vengan en hora buena. Mas no olviden al encontrarse con los mauristas del bienio 1913-1915 que se hallan en presencia de quienes dieron el ejemplo soberano y radiante de mantener enhiesta la bandera de la lealtad, fieles y consecuentes en el fervor puro de su convicción. Ante merecimiento tan alto, altísimo debe ser el tributo de admiración, de respeto y de aplauso que traigan los hijos pródigos para ofrendarlo a los intachables hijos...

Los mauristas de siempre, caballeros del ideal que han realizado la gesta heroica y la cruzada inmarcesible del «Maura, sí» grey romántica e hidalga, por hidalga y por romántica grey española, estamos firmemente impuestos de nuestro deber para con el jefe. Que quien hace lo más, hace lo menos; y quien acata—con ciega fe en el acierto de la orden—lo que el apóstol predica, bien puede rendirse ante lo que el jefe manda.

Pongan especial y singularísimo empeño los que llegan en considerar a Maura no solo como a jefe sino como caudillo de una fuerza y como apóstol de una religión cívica en cuyo seno y a cuyo calor—inextinguible calor de ideales immaculados—el partido conservador volverá a dar días felices a la Patria una vez cerrado el ominoso paréntesis de estos dos años perdidos para el bien nacional, ganados para avanzar hacia el caos...

LUIS DE GALINSOGA

Madrid, 22 enero

Al Ilustrísimo Señor Obispo de esta Diócesis

Quedó, pues, instalado el nuevo párroco, con gran júbilo de todo este vecindario, que desde el primer momento observó en aquél esa seriedad que quizás como condición primera debe resplandecer en quien ha de ocupar tan espinoso puesto.

Desde ese instante, mejor que nosotros lo sabe S. I., comenzó una campaña de descrédito, no sólo contra dicho párroco, sino contra todo este clero, compenetrado íntimamente con aquél, tal vez para hacer pensar que la impiedad había echado aquí sus raíces desde que ejercía sus funciones la nueva autoridad eclesiástica y que los intereses de la Iglesia se encontraban sin amparo ni garantía.

Hasta ese punto no llegó el paroxismo de esa campaña, que las mayores aberraciones que la pasión puede sugerir, se consignaron por modo impudente en los ya tan prodigados anónimos. Y esos anónimos, que por estar dirigidos a S. I. jamás hubieran trascendido, porque su elevado juicio había de evitar el propósito de divulgación que perseguían; esos anónimos, ya se comentaban aquí, ya se hablaba de ellos, al amparo del consabido «se dice», aun antes de que llegaran a poder de su destinatario, para así hacer ineficaz, como sucedió, la prudente reserva o el desprecio con que se habían de recibir.

La pluma rebota en el papel al intento de transcribir lo que a la virtud proclamada o a la immaculada doncella se imputaban en tan inmundos y críminosos escritos, siempre persiguiendo aquel descrédito de que al principio nos hemos ocupado, aunque para ello fuera preciso el sacrificio de víctimas inocentes y ajenas por completo a esas cuestiones. Pero basta que sea conocido por S. I., que sobrado lo es, para que nosotros no forcemos la pluma, obligándole a consignar lo que el pudor le veda. ¡Hay plumas con pudor!

Como otra premisa de las que necesitamos ir sentando, no debemos omitir que nuestros amigos habían ya dejado en la localidad la dirección de la

cosa pública, los que desde ese instante pasaron por el sentimiento de ver a D. Pío Navarro Moreno frente a la política del señor Pignatelli, y, por tanto, combatiendo a los mismos; sin que dicho señor Pignatelli haya sabido hasta ahora los motivos de tan lamentable resolución.

Así las cosas y como si el pueblo acahara una ocasión para esteriorizar su protesta por lo que venía sucediendo, surge espontánea y general, por el motivo que expresa el mensaje que libremente vamos a copiar.

ULTIMO. SR. OBISPO DE ALMERIA:

«No hace muchos días que pasó este pueblo por el hondo sentimiento de ver publicada una hoja impresa, en la que, con la más absoluta carencia de motivos, se trataba irrespetuosa y desconsideradamente a su clero parroquial, juzgándole desprovisto de toda noción de caridad y desprendimiento; y claro es, esa hoja cayó en el más completo vacío, porque la irreflexión que adorna a sus autores, propia de la edad infantil, hizo, sino justificada, al menos disculpable tan pueril conducta.

Pero más tarde, muy recientemente, llega también a nuestro conocimiento, que la travesura no ha hecho alto, y que, olvidándose hasta los más rudimentarios principios de la cortesía, aparte tantos otros que nunca son para olvidados, se ha llegado a irreverenciar a nuestro muy amado Prelado, cuando tomó la natural participación que la índole del asunto de él demandaba; sospechando a la vez, y no quizá por vanas conjeturas, que puede no ser ya la irreflexión de unos jóvenes, pocos por fortuna, propensos siempre a la inconstancia, lo que impulsó a obrar de tal modo, sino que tal vez esa progresiva persistencia, obedezca a causas bien distintas, a algo así como al intencionado propósito de algún elemento extraño de presentar a este pueblo ayuno de todo sentimiento religioso, porque así convengan a los particulares intereses del inductor.

Ante ello, este pueblo, que siempre se distinguió por su arraigado espíritu religioso, y su nunca desmentida cultura; que siempre amó a su clero, modelo entre todos en el cumplimiento de sus deberes, honrándose con proclamar bien alto que al frente de ese clero ve hoy la respetable figura de un Párroco digno, serio, y querido de todos sus feligreses; que recuerda con filial cariño a su sabio Prelado, merecedor por sus virtudes de veneración y de respeto; ante ello, decimos. Vélez-Rubio no puede permanecer inactivo e indiferente, consintiendo que sobre él se eche el estigma de lo que nunca fué, ni es, ni podrá llegar a ser, interin existan hijos, que siempre los habrá, que cuiden con esmero aquel más preciado galardón que sus padres les legaron.

Por eso protestamos ante su Ilustrísima, por injustos y nunca merecidos, de los ataques que a este clero se han dirigido, y de las irreverencias de que se han hecho objeto a V. S. I., a quien,